FELICE CAVALLOTTI

Han transcurrido siete días. A la primera opresión del desconsuelo y del dolor, que nublaron nuestro espíritu y arrancaron lágrimas á nuestro corazón, ha sucedido la tristeza profunda y lúcida que recuerda, medita y lamenta; y, sin embargo, aún no podemos pronunciar sin extremecernos de angustia rebelde á toda resignación, sin repugnancia del corazón incrédulo y de los labios temblorosos—como si fueran una horrible mentira,—estas cuatro desventuradas palabras:—¡Felice Cavallotti no existe!—Nó podemos resignarnos á pensar:—Otras injusticias públicas, otras violaciones de la libertad, otros conatos de la reacción ocurrirán,—y él las ignorará; la patria sufrirá nuevos dolores, correrá nuevos peligros, soportará quizá nuevas

vergüenzas—y sus labios permanecerán mudos; otros defraudadores del haber común, otros corruptores de las instituciones patrias y profanadores del santo nombre de Italia cometerán mil maldades, y su mano vengadora—implacable con todos los que trafican con el patriotismo—permanecerá inerte; se discutirán supremos intereses nacionales, se librarán grandes batallas políticas, fiestas queridas de la patria, aniversarios de gloriosas jornadas, conquistas y triunfos de la libertad y del derecho se celebrarán en fraternales y solemnes Asambleas,—y él no concurrirá. Felice Cavallotti que significaba fuerza, movimiento, acción, esperanza inextinguible, juventud perpetua—Felice Cavallotti que para nosotros valía por una legión, cuyo hálito poderoso sentíamos aun desde lejos, y cuya voz repercutía en todo el país como toque de trompa bélica—Felice Cavallotti, á quien nuestra imaginación, avanzando en el curso del tiempo, se complacía en representar brioso é incansable en la edad provecta, rodeado del respeto y de la gratitud públicas..., forzoso es que nos resignemos á proferir, á repetir, á grabarnos en el cerebro y en el corazón estas terribles y casi

increíbles palabras:—¡Felice Cavallotti ha muerto!

¿Conmemorarlo? ¿Á qué, si desde su muerte no se habla más que de él? ¿Si su vida entera está presente en el pensamiento de todos? ¿Ni cómo sería posible, mientras dura el intenso dolor, tener libre discernimiento para ordenar los hechos, agrupar detalles, esclarecer y juzgar los móviles y objetivo de las pasiones y de los actos? Otro hará esta labor en su día, quizá la hagan muchos, y realizarán una obra útil y bella. Lo tomarán en su niñez, creciendo en el seno de amorosa familia, más cercana á la pobreza que al bienestar, avezado desde los primeros años á soportar con ánimo varonil las privaciones, educado en los severos estudios del padre, docto filólogo á quien él ayuda en sus trabajos; explicarán cómo en la furia de sus primeras lecturas de libros caballerescos, está el origen de aquel espíritu generoso, aventurero, batallador, inquieto que agitó toda su vida; lo seguirán paso á paso desde que, todavía casi niño, se pone al frente de una manifestación patriótica, y vaticina en un opúsculo la unificación de Alemania, siguiendo las varias etapas de soldado de

Garibaldi en Milazzo y en el Volturno, colaborador del *Independiente* de Dumas en Nápoles, luego en Milán, estudiante de leyes, poeta y periodista al mismo tiempo, trabajando afanosamente para ganarse el pan; soldado otra vez en el 66, combatiente en Vezza, en Val Camónica; luego vuelta á empezar la vida de periodista en la capital lombarda, polemista gallardo é indomable, que á cada paso tiene que dejar la pluma para empuñar la espada; envuelto en continuos procesos, fugitivo en el extranjero, oculto en Milán, haciendo versos en la cárcel, y después de cada proceso y de cada prisión, más inflamado y más audaz que antes.

Y habiendo llegado á este punto el biógrafo, no habrá pasado del principio. Tendrá que acompañarlo por toda su vida parlamentaria durante un cuarto de siglo, Diputado por Corteolona, por Pavía, por Milán, por Piacenza; firme siempre en su fe republicana, pero como él dijo:—*italiano primero, republicano después*;—luchando, salvo raras y muy breves treguas, contra todos los ministerios; paladín de la Italia «irredenta», enemigo de la alianza austriaca y de los armamentos ruinosos, adversario de la política africana, denunciador de todas las violaciones de la ley, de todos los abusos del poder, de todos los despilfarros de la Administración; fiero, infatigable reivindicador de la moralidad pública, fué fustigador de todos los prevaricadores corrompidos y de sus cómplices, poderosos ú obscuros, en el Parlamento, en la Prensa, en los Tribunales, en los comicios, en todas las regiones y desde todas las tribunas de Italia. Mas tendrá que añadir el biógrafo: cómo en esta larga y batalladora vida parlamentaria, marcada con discursos y tempestades memorables, entrelazaba, casi sin interrupción, durante muchos años, la obra poética y dramática, alternada con luchas duras y victorias trabajosas, y cómo á la labor poética acompañaba la labor erudita, crítica y de polémica, sostenida con largos y pacientes estudios, en el campo del teatro, de la historia, de la nueva poesía: obra interrumpida á su vez por nuevos procesos, por nuevos duelos, por nuevas tempestades, por conmemoraciones inspiradas y memorables de grandes hechos y de grandes muertos, y por fatigosas y atrevidas campañas electorales; y cómo, por último, en medio de las luchas, de las cai-

das y de los triunfos, atento siempre y sobre todo á la voz del país, abandonaba todo lo suyo cuando sonaba el grito de una desventura pública, acudiendo á Nápoles y á Palermo á socorrer y confortar á las víctimas de la epidemia con el valor de un héroe y con el amor de un hermano. Una vida tan digna de admiración, en la cual, según los principios políticos y la índole propia, podrán encontrar errores, violencias, temeridades, desarmonías, pero no desconocer una gran fuerza dirigida por una conciencia honrada, por un profundo amor de la patria, por una ardiente pasión por la verdad, por la justicia, por el bien; ni tampoco desconocer y admirar una maravillosa conjunción de virtudes de la mente y del alma, que es muy raro encontrar juntas, como son: el ímpetu del entusiasmo y la férrea tenacidad de la voluntad, el vigor incansable del pensamiento y de la acción, una noble ambición de gloria, la vivacidad en los sentimientos y todo lo que hace querida y bella la vida, junto con la fuerza de un corazón siempre pronto á afrontar las persecuciones, los odios, el dolor, la pobreza, á renunciar sin vacilaciones y sin lamentos á todo bien en la vida,

y aun á la vida misma, como si para él la paz, los afectos, la gloria, la existencia, no tuvieran valor alguno aceptadas como precio de una transacción con la conciencia ó de una violencia hecha á su propia razón. Vida ciertamente admirable la suya, que pudiera simbolizarse en esta hermosa figura: un soldado con la blusa roja, una corona de poeta en la frente, y de pie sobre una tribuna, el cual muestra sus manos á la patria, por la cual ha combatido durante cuarenta años con la espada, con la pluma y con la palabra, y le dice:—¡Míralas, están puras! ¡No han sido manchadas más que por mi sangre!

Veamos ahora rápidamente el poeta lírico, el dramático, el orador, el polemista, el ciudadano, el hombre.

Fué poeta en lo más profundo de su alma. Tuvo de poeta—para usar las palabras de un ilustre adversario suyo,—el soplo, la alada esencia, el alma lírica. No buscó nuevas formas: empleó con las de la poesía patriótica que palpitaba en todos los corazones cuando él asomaba á la vida, las formas de Rossetti, Berchet y Manzzoni. Él mismo le dice al autor de la *Batalla de Maclodio: — esta humilde cítara aprendió*

las formas de ti, y mi canto modula, según tu escuela, los acentos de una esperanza que no es la tuya.—El ímpetu de la pasión excesiva, no le podía consentir las pacientes y sutiles ingeniosidades de estilo y de armonía que más tarde estuvieron en auge. Su poesía fué propiamente un canto que salía con ímpetu del alma, poesía de batalla, llena del estrépito de las armas, de los estallidos del rayo, de los extremecimientos del pueblo, de gritos de ira y de dolor. La sucesión de sus estrofas de decasílabos asemeja al avanzar presuroso de los grupos de combatientes que corren al asalto, en las cuales las rimas son puntas de espada y los finales, hurras de victoria. Pero en medio de la uniformidad de metros fáciles y sonoros, cuánta variedad de inspiración, desde el himno á la sátira, á la balada, á la romanza, á la elegía, al epigrama, y también cuánta sinceridad y frescura juvenil en la pasión. El alma fatigada por los choques y las borrascas, herida alguna vez por el filo del sarcasmo, se refugia en sí misma, busca consuelo en los afectos nobles y tranquilidad en fantasías y sueños de soledad y de olvido: y entonces, se nos presenta un nuevo poeta, de una dulzura y de una delicadeza exquisita, que hiere las fibras más íntimas del corazón. Mas este poeta ya le presentimos aun en las mismas poesías de batallas, donde á cada paso brota una flor, brilla una lágrima, suena una nota de suavísima tristeza. Recordáis cuando dice á Manzzoni muerto:—*Duerme, ¡oh, viejo! y sobre tu tumba te conforte los plácidos sueños la rosa que te dió Garibaldi!*—Y cuando dice á Adelaida Cairoli, recordándole el día en que oraba en la tumba de su primer hijo muerto:—*¡Mas entonces, después de la oración, te levantabas más fuerte, porque te quedaban, te besaban todavía en el rostro cuatro hijos; y te era tan dulce buscar en aquellos cuatro rostros la sonrisa de tu muerto!*—Y cuando al poeta que impreca, lleno de ira, al cadáver de la mujer amada que le hizo sufrir, dice aquellas dulces y sabias palabras:—*¡Ah, no; no insultarla! ¡Ah, no encontrarás, pobre poeta, en las maldiciones y en el desprecio el consuelo que vas buscando! ¡Tú no te curarás sino el día que perdones!*

Y quisiera proseguir: quisiera imitar el ejemplo de Emilio Augier, que, en la Academia Francesa, teniendo que tejer el elogio de un poeta ilustre, dijo:—¿Qué mejor homenaje que recitar sus versos? Y con-

cluyó:—No añadamos más: llevemos con nosotros la emoción entera, y que el poeta se oculte en su gloria.—Pero recitar aquellos versos que fueron la expresión más pura y fervorosa de su alma, y gozar de este modo la ilusión de volver á oir aquella voz que no tornaré á escuchar, no podría hacerlo: la emoción los ahogaría en mi pecho. Evoquemos una sola, quizá la más bella de sus creaciones, aquella en que más admirablemente se enlazan la elevación del concepto, la grandeza del plan y la marcha grave y solemne del ritmo, que parece seguir el paso de Leonidas armado, en el silencio de la noche. Á la mente de todos, sin duda, está presente la figura augusta del héroe, que á la luz de las estrellas, resurgiendo de la tumba de Antelo, con la gran lanza empuñada, desciende, rodeado de águilas, para ir á buscar si ha aparecido en el mundo una nueva gloria igual á la de las Termópilas, y reposar allí, entre los hermanos dignos de sus trescientos. Se detiene, mas no se pára en Chermea. No—dice á los tebanos muertos que le llaman:

¡No, no; dormid en paz! héroes, fué vana
la sangre: perecisteis, sin ser salva
la helena libertad!

Llega á Maratón; pero no se pára:—No—grita á los caídos que le invocan,—aquí no me detengo:

Vosotros, todo lo tuvisteis, todo:
¡la gloria y la victoria! ¡Por los lares
que es harto dulce sucumbir así!

Llega á las islas Arginusas, las ondas cuajadas de triremes rotos y de ensangrentados cadáveres; mas no cede á la invitación de Calícrates:—*No*—dice;—*fuisteis valientes, cinco contra veinte; pero fuisteis helenos contra helenos—y fué mísera lucha.*

Llega al campo de batalla de Isso; y pasa adelante, diciendo á los soldados de Alejandro, vencedores de los persas:

... ¡Oh, muertos! yo os saludo. Leonidas no duerme
donde á un tirano, el griego acero lauros dió.

Y no se detiene en Jerusalén, donde le invocan los cruzados muertos, porque, dice:—*yo no peleé para expiar pecados, ni fuí en busca de aventuras y de riqueza.* Y no se detiene en las Pirámides, á la voz de los soldados de Bonaparte, porque, grita:

¡No dirigí en Dito al monte á mis Trescientos,
la libertad en el labio y al pecho la conquista!

Y no se pára en Zama, donde claman su

nombre los soldados de Escipión, destructor de Aníbal:

¡Y vos yacéis! ¡Yo paso! ¡Pues érais demasiados en el campo
Y los númidas elefantes os abrieron el sendero.

Y pasa más allá del campo de Munda, sordo á las voces de los legionarios de César, á los cuales echa en cara el dicho del Capitán:

Sobre el monte luché yo por la patria,
no por la existencia.
¡Vencedores de Munda, paso, pues!

Y atraviesa ríos y montes, pasa el Pirineo, llega á Provenza, se detiene en el Ródano, donde Mario destruyó á los teutones; mas no hace alto al oir las voces de los soldados de Mario, porque sobre la colina sagrada él no puso mientes, escrutando las estrellas, en la hora en la cual pudieran combatir con la seguridad de la victoria.

Y traspasa los Alpes y desciende á Lombardía; mas suspenso al recordar la paz de Constanza, ni siquiera en Legnano se detiene, porque

Si la sangre no da frutos, ¡qué merece la gloria, del laurel!
Si la libertad no germina, ¡qué vale la virtud de las armas!
Muertes fecundas busco, que no vencedores ó vencidos:
Muertes fecundas, libres, de aquellos que no son!

Y llega finalmente á orillas del Tiber, á

la vista de San Pedro, ante una ara modesta, donde mil voces débiles lo saludan:

También, nosotros cinco, luchamos contra veinte!
Y no fué en vano, ¡oh patria, ni sangre, ni morir!

Á nos, no la victoria, sino el desdén del débil:
No horóscopos felices, el pálido deber:
No lauros fratricidas, sino abandono tierno:
No el sueldo de un tirano, el rayo de la mente.

Las almas á los hados, y no mentidas voces,
Del fondo de las tumbas mirando al porvenir...
La sombra, inclina el hierro, y grita:—Quiere ahora
Leonidas con los muertos de Méntana, dormir!

Y de este modo «ocúltese el poeta ahora en su gloria», al lado de su Leonidas, él, que en las Termópilas habría muerto de los primeros, y que en defensa de la libertad y de la justicia combatió por trescientos.

El autor dramático. Nadie, ciertamente, esperará que haga yo en este momento un análisis razonado de la obra compleja y varia, coronada por éxitos clamorosos, provocadora de ásperas batallas, fecunda en tantas vivas discusiones históricas y artísticas, en la cual, desde el drama histórico en verso *Los Mendigos (I Pezzenti)*, *Guido*, *Inés (Agnese)*, donde la poesía y la fantasía predominan, y la historia no era otra cosa que fundamento y fachada, pasó Felice Cavallotti al gran drama histórico

en prosa—*Alcibiades* y *Los Mesenios*—apoyado en una indagación más minuciosa del tiempo y en un estudio más profundo de la realidad, para pasar luego con *La Esposa de Menecle* á la comedia íntima de asunto antiguo, y, por fin, al drama psicológico moderno, llegando hasta el idilio y el proverbio. El corazón y la inteligencia unidos se rebelan también para poder hacer hoy una crítica respetuosa. Nos bastará recordar que si tampoco en el teatro buscó nuevas formas, ateniéndose, conforme con la naturaleza de su ingenio, á la tradición romántica, siguiendo las huellas de Víctor Hugo y de Schiller, también al teatro llevó el soplo de su alma lírica, que todo lo reanima y vivifica, la santa llama del amor de la patria y de la libertad, una gran fuerza de sinceridad juvenil y de varonil conciencia, un continuo, amoroso, potente anhelo hacia la belleza y lo grande, que nos eleva el espíritu y nos mueve el corazón, aun sin llegar á donde pretende. ¿Quién podrá hoy examinar, ponderar, discutir, mientras las criaturas de su mente se nos agolpan en derredor cubiertas de negro como su imagen, formando cortejo de dolor y de gloria, como hijos alrededor del

simulacro fúnebre del padre? No podemos hacer otra cosa más que recordarlas y saludarlas. Es deslumbrador Raul, que levantando la espada en presencia del cadáver de María, grita al Duque de Alba:—*¡Demasiado tarde. Hoy seremos muchos en los funerales! ¡A mí, mendigos!*—Es trágico el viejo padre, traidor á su sangre, que revela al hijo adorado la propia infamia, mientras suenan los toques de campana que le llaman al combate con aquellas sencillas y terribles palabras:—*¡Detente! Yo soy Guido.*—Es bello y generoso el joven Scandiano, que narra al Duque de Mantua, ébrio de placeres y de orgullo, en medio de los esplendores de la fiesta, el hambre y la desesperación del pueblo de Mantua. Es espléndido el viejo rey de Messenia, que, de pie sobre el precipicio, arranca la bandera tiránica de Esparta y llama á la revolución de su pueblo con el soberbio grito:—*¡por donde pasa Aristomenes, Esparta no tiene bandera!*—Y piadoso y venerado es el viejo Menecle, que descuelga de la pared el escudo y la espada antigua para pedir á la muerte, por la patria, el olvido de la dulce ilusión perdida. Y más alto que todos, como una estatua de oro y

de bronce, marcada con mil golpes, pero firme y triunfante aún sobre su pedestal de mármol de Paros, se hiergue delante el griego gigantesco y multiforme que reunió en sí á César y á Coriolano, Sardanápalo y Antonio:—*todas las caras del poliedro humano*,—y mientras pasan detrás de él, como visiones, los jardines y las plazas, las salas de Atenas, la playa de Sicilia, las costas de Esparta, las aguas del Helesponto, las montañas de Frigia, y aquella fuga maravillosa de asambleas, de ejércitos, de campos de batalla, de fiestas triunfales y de soledades, que parece que un mundo gira en torno de un hombre, nosotros no saludamos en él al Alcibiades antiguo, vencedor en Bizancio y en Calcedonia, sino á la creación más grande, más afortunada, más querida del poeta muerto; lo saludamos con la certeza de que aun cuando las demás fueran arrastradas por el tiempo, aquélla permanecerá espléndida y palpitante de vida inmortal. Y si á pesar de todo, tanta riqueza de pensamiento y de inspiración no resplandecieran en sus obras dramáticas tan aplaudidas y tan combatidas, todavía serían por nosotros amadas y reverenciadas por el

tesoro de estudios amorosos y de doctos comentarios como él acumuló en torno suyo, por las tempestuosas ansias juveniles que le costaron, por las ardientes embriagueces que le produjeron, por los profundos y dulces consuelos que prodigaron á sus grandes dolores y á sus afanosas fatigas por la libertad y como tribuno de la patria.

Y, sin embargo, la más alta y poderosa manifestación de su ingenio y de su alma está, á nuestro juicio, en la oratoria. Grande, quizá insuperable orador si la naturaleza no le hubiera negado alguna de aquellas pequeñas dotes auxiliares, puramente físicas, con que se integra el gran orador. Existían en él dos oradores, igualmente poderosos. El orador popular, improvisador, que comenzaba trabajosamente, que os hacía asistir á la interna labor, á la lucha intensa y violenta del sentimiento y del pensamiento con la palabra, y que luego, poseído de vehemencia que su mismo esfuerzo atizaba, arrastrado por la pasión, desencadenaba un torrente de ideas y de imágenes, oleaje invasor y sonoro, que avasallaba cualquiera resistencia, por obstinada que fuera, del auditorio; y el orador parlamentario de las grandes ocasiones, que